



Ut unum sint!

Nuestro Carisma

Misioneros Siervos de Los Pobres

N. 01/2024

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

En el número anterior hablamos de nuestra santísima Madre, la Virgen María, a quien como Misioneros Siervos de los Pobres (MSP) profesamos un gran cariño y profunda devoción, ya que Ella es el Pilar de nuestra comunidad religiosa.

Ha sido María la que con su “fiat” permitió que el poder del Espíritu Santo descendiera sobre Ella, según las palabras del ángel Gabriel: «*El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios*» (Lc 1, 35). Y lo que el ángel le dijo a continuación: «*Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez...*» hizo que María fuera con prontitud a visitar a su prima (cfr. Lc 1, 39), no movida por la curiosidad de corroborar la veracidad de las palabras del ángel, sino por estar deseosa de llevarle el Don con el que Dios la favoreció (cfr. Lc 1, 30-31) a través del Espíritu Santo.

El deseo de María siempre ha sido un deseo ardiente. Lucas nos recuerda que la respuesta de María a las palabras del ángel fueron las siguientes: «*Hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 38). Ese “*hágase*”, [γένοιτό, en el texto original griego] es un optativo, que agrega al “*hágase*” español la fuerza del desiderativo; es decir que el “sí” de María no fue un sí obligado o pronunciado de mala gana, sino todo lo contrario: un sí deseoso, con ardor, con fuego, el fuego del Espíritu Santo del que Ella ya estaba llena y que le llevaba a aceptar con gran gusto, deseo y ardor el cumplimiento de la voluntad de Dios, al estilo de su hijo Jesucristo, quien más adelante diría: «*He venido a traer un fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!*» (Lc 12, 49). Jesús también se refería a ese Espíritu Santo que estaba deseoso de enviar, no porque no estuviera ya actuando, sino porque lo que Él quería instaurar era

un nuevo modo de estar de ese Espíritu Santo en cada uno de nosotros.

Volviendo al hecho de María que salió presurosa a visitar a su prima Isabel, sucedió que, “en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó **llena del Espíritu Santo**” (Lc 1, 41).

Es precisamente del Espíritu Santo de quien queremos hablar en esta edición, no sin antes haber hecho una alusión a la Virgen María, ya que, dentro de la “economía” divina, Dios Padre desea que todas las gracias nos sean dadas a través de Ella, Madre de Dios y Madre nuestra (cfr. San Luis María Grignion de Montfort, *El secreto de María*, n° 10); y el Espíritu Santo, “Gracia de todas las gracias”, está incluido en esta “economía” de salvación.

Como leímos en el pasaje lucano, Isabel quedó llena del Espíritu Santo precisamente cuando escuchó el saludo de María. Misterio grande de humildad y unión: humildad, porque Dios no quiere obrar sin contar con la colaboración humana; y unión, ya que María era la criatura más unida a aquella Trinidad divina.

El Padre Giovanni Salerno siempre ha inculcado en nuestros corazones un gran amor al Espíritu Santo. Nuestras constituciones, en la parte en la que se explica el significado de nuestro logo, dice en el art. 4 §4: «El fondo de toda la escena lo ocupan unas grandes llamaradas, que pretenden expresar varias realidades relacionadas entre sí: en primer lugar, es el fuego del Espíritu Santo, que ha de encender toda nuestra vida y obras (“*He venido a traer fuego a la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!*”: Lucas 12, 49)».

El fuego también simboliza a la Eucaristía y a la caridad que debe informar a todo MSP, pero hoy nos detendremos en cuanto simboliza al Espíritu Santo.



En efecto, el Espíritu Santo es ese Fuego que primero debe encender nuestro corazón, para que -encendidos en su amor- podamos ir a esparcir ese amor por el mundo entero. No podemos ser MSP si no nos dejamos moldear por el Espíritu Santo, como María que se dejó llenar totalmente del Espíritu, al punto que la Escritura nos la presenta como la «*Mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies*» (Ap 12, 1). Ella es la misma que hoy nos invita a dejarnos tomar por el Santo Espíritu de Dios y a dejarnos transformar en seres totalmente nuevos.

En uno de los puntos fundamentales de nuestro carisma se nos recuerda: «Nuestra confianza en el Espíritu Santo, que envuelve nuestra vida, nos santifica y nos envía a realizar la misión fortaleciendo

nuestra propia vocación [...] Por eso, desde los inicios del Instituto profesamos una especial devoción y docilidad al Espíritu Santo, invocándolo constantemente y sintiendo que es el protagonista de nuestra vocación y misión» (*Estatutos de los MSP. Puntos fundamentales, n° 1*).

Esa confianza en el Espíritu Santo sólo la podemos adquirir si profesamos una especial devoción y docilidad a su obra. Los MSP cantan todas las mañanas, de manera solemne, el “*Veni, Creator Spiritus*”, para pedir que descienda sobre nosotros y nos acompañe durante el resto de nuestra jornada; y, todas las tardes, el “*Veni, Sancte Spiritus*”, para entregarle al Espíritu Santo todo lo que hemos realizado durante el día.



Por eso, les recomendamos invocar frecuentemente al Espíritu Santo. Respecto de los dos himnos a los que nos referimos en el párrafo anterior, el Padre Giovanni Salerno nos recomendaba que buscáramos encontrarlos (los dos o al menos uno de ellos), en nuestra propia lengua y que nos los aprendiéramos de memoria, ya que esa memorización iría formando en nosotros esa “*mens Christi*” (mente de Cristo) (cfr. 1Cor 2, 16), para que nuestros pensamientos estén totalmente embebidos de los suyos y nuestra vida no se rija meramente por nuestras propias cavilaciones, sino que en verdad, en cada ocasión y momento, juzguemos y actuemos como lo haría Cristo. A esto precisamente nos quiere llevar el Espíritu Santo: a tener la *mens Christi* con la que podamos decir, como el Apóstol San Pablo: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal 2, 20).

Que Santa María, nuestra Madre, haga que nuestro corazón pueda recibir al Espíritu Santo de Dios en nuestra vida.

Misioneros Siervos de los Pobres

Reflexión Bíblica

“Anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás”



P. Sebastián Dumont, msp (belga)

Queridos amigos:

¿Cómo pasaron los primeros discípulos de la tristeza al gozo y, de ser dudosos y temerosos, a ser misioneros convencidos y valientes? Fue por el encuentro con el Resucitado o con el testimonio de los testigos oculares, aunque esta transformación se realizó poco a poco.

Dejémonos tocar también nosotros hoy por su Palabra, en el último capítulo del evangelio según San Lucas.

Escucha: *“El primer día de la semana, de madrugada, las mujeres fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. Encontraron corrida la piedra del sepulcro. Y, entrando, no encontraron el cuerpo del Señor Jesús. Mientras estaban desconcertadas por esto, se les presentaron dos hombres con vestidos refulgentes. Ellas quedaron despavoridas y con las caras mirando al suelo y ellos les dijeron: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí. Ha resucitado. Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea, cuando dijo que el Hijo del hombre tiene que ser entregado en manos de hombres pecadores, ser crucificado y al tercer día resucitar». Y recordaron sus palabras.*

Habiendo vuelto del sepulcro, anunciaron todo esto a los Once y a todos los demás. Eran María Magdalena, Juana y María, la de Santiago. También las demás, que estaban con ellas, contaban esto mismo a los apóstoles. Ellos lo tomaron por un delirio y no las creyeron. Pedro, sin embargo, se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, vio solo los lienzos. Y se volvió a su casa, admirándose de lo sucedido” (Lc 24, 1-12).

Medita: Recordar las palabras de Jesús: Tenemos tres signos, así como tres reacciones de las mujeres frente a cada uno de ellos. El primer signo es la piedra corrida y el sepulcro vacío. Su reacción es el desconcierto. El segundo signo es la presencia de dos varones con vestidos refulgentes, y ahí también su reacción es el estar despavoridas y con miedo. El tercer signo, el decisivo es el de estos “dos varones” que las invitan a recordar las palabras de Jesús, es decir, a comprender el obrar de Dios, preanunciado por Jesús cuando dijo que tenía que padecer mucho, morir y resucitar para salvar a los hombres (cfr. Lc 9, 22). Su reacción es la de recordar y meditar estas palabras, entrando en el gozo de la fe pascual: “Así como por la muerte cargó con los males para librarnos del mal, de modo semejante, por la resurrección fue glorificado para llevarnos al bien: según las palabras de la Epístola a los Romanos (4, 25), fue entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” (Sto. Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, 3, 53, 1c). Este “memorial” es el que las impulsa a creer

en la resurrección y a empezar a anunciar la Buena Nueva.

En nuestra vida misionera, es necesario conservar en nuestra memoria y en nuestro corazón las palabras de Jesús. Si nos familiarizamos así con el modo de obrar de Dios, crecerá nuestra fe y podremos colaborar con Él en nuestro mundo.

Un primer anuncio... difícil...: En las narraciones de las apariciones del Resucitado, lo que más llama la atención, y que es común a todos los evangelios, es el hecho de que quienes reciben el anuncio de parte de los testigos oculares ponen en duda el anuncio, lo toman por un delirio, se muestran incrédulos (cfr. Mt 28, 17; Mc 16, 8.14; Lc 24, 11). En algunas circunstancias el testimonio de mujeres judías no era válido, pero aquí el problema es claramente otro: es difícil creer en la resurrección de un muerto. Por eso San Lucas da amplio espacio al relato de la aparición a los discípulos de Emaús y a los discípulos en el cenáculo, y muestra el temor y la inseguridad de los discípulos hasta que no llegue la efusión del Espíritu Santo en Pentecostés. Hay todo un trabajo en el hombre para pasar del error a la verdad, de la duda a la certeza, de la oscuridad a la luz, y esto requiere de un tiempo.

Incluso San Pedro necesitó cierto tiempo para empezar a creer en la resurrección: “Se levantó y fue corriendo al sepulcro. Asomándose, vio solo los lienzos. Y se volvió a su casa, admirándose de lo sucedido” (Lc 24, 12). Tuvo una reacción de admiración, pero aún no de fe. El discípulo que corrió con él (cfr. Jn 20, 3-10) “vió y creyó” (Lc 20, 8), pero Pedro necesitó más tiempo, tal vez porque estaba oscurecido su corazón por el pecado de la traición... Necesitó que Jesús se apareciera durante cuarenta días (cfr. Hch 1, 3). Necesitó finalmente de la efusión del Espíritu Santo para convencerse y empezar a ser un testigo valiente (cfr. Hch 1, 8; 2, 14-41).

De esto podemos sacar dos enseñanzas para nuestras misiones: primero, la paciencia y la perseverancia... porque la fe va madurando poco a poco, y nosotros no podemos impacientarnos si la gente no nos hace caso enseguida; y, en segundo lugar, la oración, pues nuestras palabras podrán ablandar hasta los corazones más endurecidos solamente si van acompañadas de la gracia del Espíritu Santo.

Ora: ¡Señor, yo creo, pero Tú aumenta mi fe!

Vive: El corazón del misionero “con ninguna indiferencia se cansa”.



Reflexión Patrística

Eusebio de Cesarea

(ca. 260 – ca. 340)

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos: *Laudetur Iesus Christus.*

Nuestro caminar patrístico encuentra ahora la importante figura de Eusebio de Cesarea.

Fue el exponente más cualificado de la cultura cristiana de su tiempo en contextos muy variados: teología, exégesis, historia y erudición. Eusebio es conocido como el primer historiador del cristianismo, pero también como el filólogo más grande de la Iglesia antigua.

Nació en torno al año 260 en Cesarea, ciudad en la cual Orígenes se había refugiado procedente de Alejandría y había fundado una escuela y una ingente biblioteca. Precisamente con estos libros se habría formado, alguna década después, el joven Eusebio. En el año 325, como obispo de Cesarea, participó con un papel de protagonista en el Concilio de Nicea, el primer concilio ecuménico de la historia de la Iglesia. Sincero admirador de Constantino, que había dado paz a la Iglesia, Eusebio sintió por él estima y consideración. Celebró al emperador, no sólo en sus obras, sino también en discursos oficiales. Eusebio murió alrededor del año 340.

Estudioso y escritor incansable, Eusebio busca reflexionar y hacer un balance de los tres primeros siglos de cristianismo, caracterizados por el primer fuego misionero que determina una milagrosa difusión del mensaje cristiano en todo el orbe entonces conocido, obstaculizada en muchos lugares por las persecuciones.

Eusebio recurre a las fuentes cristianas y paganas conservadas sobre todo en la gran biblioteca de Cesarea. De este modo, sin desconocer la importancia objetiva de sus obras apologeticas, exegéticas y doctrinales, la fama imperecedera de Eusebio sigue estando ligada en primer lugar a los diez libros de su «*Historia eclesiástica*». Fue el primero en escribir una historia de la Iglesia que sigue siendo fundamental gracias a las fuentes que él pone a nuestra disposición. Con esta «*Historia eclesiástica*» logró salvar del seguro olvido a numerosos acontecimientos, personajes y obras literarias de la Iglesia antigua. Se trata, por tanto, de una fuente primaria para el conocimiento de los primeros siglos del cristianismo.

Eusebio de Cesarea empieza su obra presentando el objetivo de la misma: «*Me he propuesto redactar las sucesiones de los santos apóstoles desde nuestro Salvador hasta nuestros días; cuántos y cuán grandes fueron los acontecimientos que tuvieron lugar según la historia de la Iglesia y quiénes fueron distinguidos en su gobierno y dirección en las comunidades más notables, incluyendo también aquellos que, en cada generación, fueron embajadores de la Palabra de Dios, ya sea por medio de la escritura o sin ella, y los que, impulsados por el deseo de innovación hasta el error, se han anunciado promotores del falsamente llamado conocimiento, devorando así el rebaño de Cristo como lobos rapaces... y también el número, el modo y el tiempo de los paganos que lucharon contra la palabra divina y la grandeza de los que en su tiempo atravesaron, por ella, la prueba de sangre y tortura; señalando además los martirios de nuestro tiempo y el auxilio benigno y favorable para con todos de nuestro Salvador*» (1, 1, 1-2).

De esta manera, Eusebio abarca diferentes temas: la sucesión de los Apóstoles, la estructura de la Iglesia, la difusión

del Mensaje, los errores, las persecuciones por parte de los paganos y los grandes testimonios que constituyen la luz de esta «*Historia eclesiástica*». En todo esto, resplandecen la misericordia y la benevolencia del Salvador. Eusebio inaugura así la historiografía eclesiástica, extendiendo su narración hasta el año 324, año en el que Constantino, después de la derrota de Licinio, fue aclamado como emperador único de Roma.

Si leemos con atención la cita antes presentada, caemos en la cuenta de que repite con insistencia el título cristológico de «Salvador», y hace referencia explícita a «su misericordia» y a «su benevolencia». Podemos comprender así la perspectiva fundamental de la historiografía de Eusebio: es una historia «cristocéntrica», en la que se revela progresivamente el misterio del amor de Dios por los hombres. Con genuina sorpresa, Eusebio reconoce que «*de todos los hombres de su tiempo y de los que han existido hasta hoy en toda la tierra, sólo Él es llamado y confesado como Cristo [es decir “Mesías” y “Salvador del mundo”], y todos dan testimonio de Él con este nombre, recordándolo así tanto los griegos como los bárbaros. Además, todavía hoy entre sus seguidores, en toda la tierra, es honrado como rey, es contemplado como siendo superior a un profeta y es glorificado como el verdadero y único sumo sacerdote de Dios; y, por encima de todo esto, es adorado como Dios por ser el Logos preexistente, anterior a todos los siglos, y habiendo recibido del Padre el honor de ser objeto de veneración. Y lo más singular de todo es que los que estamos consagrados a Él no le honramos solamente con la voz o con los sonidos de nuestras palabras, sino con una completa disposición del alma, llegando incluso a preferir el martirio por su causa a nuestra propia vida*» (1, 3, 19-20).

De este modo, aparece en primer lugar otra característica que será una constante en la antigua historiografía eclesiástica: la «intención moral» que preside la narración. El análisis histórico nunca es un fin en sí mismo; no sólo busca conocer el pasado, sino que apunta con decisión a la conversión y a un auténtico testimonio de vida cristiana por parte de los fieles.

Es útil precisar que, cuando nosotros definimos a Eusebio de Cesarea como el primer historiador de la Iglesia, nos referimos al hecho de que es el primero que ha trabajado la presentación histórica del camino de la Iglesia según los cánones exigidos por dicha ciencia, es decir la cuidadosa búsqueda de los testimonios, el análisis y la presentación detallada de las fuentes.

Las críticas (que le han reservados algunos especialistas) de querer forzar la mano para demostrar que la Iglesia católica es el gran proyecto final de Dios y que por ello la Providencia dispuso el encuentro de esta con el gran emperador Constantino, pueden ser en parte aceptadas (aun recordando que detrás de cualquier tratado histórico hay un historiador con sus prejuicios y su bagaje cultural que le caracterizan), pero no se puede no reconocer el valor históricamente científico de esta obra que ha visto la luz en el cuarto siglo de nuestra era cristiana.

De esta manera, Eusebio interpela vivamente a los creyentes de todos los tiempos sobre su manera de afrontar las vicisitudes de la historia, y de la Iglesia en particular. Nos

interpela también a nosotros: ¿cuál es nuestra actitud ante las vicisitudes de la Iglesia? ¿Es la actitud de quien se interesa por simple curiosidad, buscando a toda costa el sensacionalismo y el escándalo? ¿O es más bien la actitud llena de amor y abierta al misterio de quien sabe por la fe que puede percibir en la historia de la Iglesia los signos del amor de Dios y las grandes obras de la salvación por Él realizadas?

Si esta segunda es nuestra actitud, tenemos que sentirnos interpelados para ofrecer una respuesta más coherente y generosa, un testimonio más cristiano de vida, para dejar visibles los signos del amor de Dios también a las futuras generaciones.

«Hay un misterio... -no se cansaba de repetir el P. Jean Daniélou, S.J. (1905-1974), eminente estudioso de los Padres-... hay un contenido escondido en la historia... El

misterio es el de las obras de Dios, que constituyen en el tiempo la realidad auténtica, escondida detrás de las apariencias... Pero esta historia que Dios realiza por el hombre, no la realiza sin Él. Quedarse en la contemplación de las "grandes cosas" de Dios significaría ver sólo un aspecto de las cosas. Ante ellas está la respuesta» ("Ensayo sobre el misterio de la historia").¹

Hoy en día, a distancia de tantos siglos, Eusebio de Cesarea, nos invita como creyente a sorprendernos contemplando en la historia las grandes obras de Dios por la salvación de los hombres. Con la misma energía nos invita a la conversión de la vida: de hecho, ante un Dios que nos ha amado así, no podemos quedar insensibles. La instancia propia del amor es que toda la vida se oriente a la imitación del Amado. Hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para dejar en nuestra vida una huella transparente del amor de Dios.

¹ "Saggio sul mistero della storia", Brescia, 1963, p. 182.

Reflexión Cristológica

Cristología en el Antiguo Testamento (I)

P. Walter Corsini, msp (italiano)

Queridos amigos:

Laudetur Iesus Christus.

En nuestro curso básico de Cristología entramos ahora en el análisis de la parte bíblica, preguntándonos qué nos dice sobre Jesús la Palabra de Dios escrita.

Vamos por orden y empezamos con el Antiguo Testamento (A.T.).

Evidentemente, en el A.T. no encontramos una explícita cristología; sin embargo, sabemos que la revelación ha sido progresiva, guiada por un Dios Padre amoroso que pedagógicamente ha ofrecido al hombre crecientes luces para que fuera madurando en su corazón el encuentro con su Hijo, su Palabra, el Verbo hecho carne, su única Verdad. Por ello, la lectura de las páginas del A.T. desde la luz de Cristo descubre una preparación que acompaña y caracteriza toda la Antigua Alianza.

Jesús mismo recurre a la Sagrada Escritura y se presenta como el intérprete del A.T. (cfr. Lc 4, 16-21). Vemos a Jesús que usa los escritos del Antiguo Testamento como un exegeta, un muy especial experto de la Palabra de Dios; pero podríamos decir -un poco más científicamente- "con un personal desplazamiento hacia el centro", es decir que Jesús pasa a ser el centro que ilumina la Escritura y no lo contrario: ya no es la Escritura que explica la figura de Cristo, sino que es la Persona de Cristo que da pleno sentido a la Escritura.

A la luz de Cristo, el A.T. -de Escritura precedente que espasa a ser "realidad antigua", si la comparamos con Jesús mismo que es "la realidad nueva y definitiva". Por ello, el A.T. sigue siendo Palabra de Dios y no pierde su validez, pero adquiere definitivamente un papel relativo de preparación.

Se percibe claramente el hecho que con Jesús se superan los esquemas veterotestamentarios: en línea general, desde la espera de un Mesías político se pasa a la plenitud del Mesías espiritual.

En el mundo judío, este cambio se va preparando ya desde el periodo del post exilio (siglo VI a.C.), cuando el pueblo regresa a Jerusalén después de la dolorosa experiencia del destierro y vuelve a analizar su historia de pueblo elegido y su relación con Dios desde una perspectiva nueva. En el corazón del pueblo mismo se van gestando dos corrientes que después se alejarán cada vez más: una corriente nacionalista (que será la preponderante) que apunta y espera un Mesías intramundano, reservado al Pueblo de Israel, y una corriente universalista, que espera un Mesías espiritual.

Todos estos aspectos y elementos van creando dificultad en el corazón de la primera comunidad cristiana. Se van alimentando muchas preguntas: ¿cuál es la justa relación entre A.T. y N.T.?; ¿cómo leer el A.T.?; ¿tiene todavía valor?; con la llegada de Cristo, Palabra Eterna y definitiva, el AT ¿sigue siendo Palabra de Dios o pierde su autoridad?

No pocas herejías fueron proponiendo un modelo de ruptura y rechazo del A.T. El caso extremo lo tenemos con la figura de Marción, personaje muy influyente que definió al Dios del Antiguo Testamento (iracundo y vengador) como diferente y alejado del Dios del Nuevo Testamento (el Padre Misericordioso de Jesús).

Se trata de una herejía que, aunque haya influido mucho en la mente de las primeras comunidades cristianas, desde el comienzo ha sido rechazada por la Iglesia, la cual siempre ha hablado de una armónica continuidad entre A.T. y N.T., una continuidad en la cual el único y mismo Dios que ha inspirado toda la Biblia ha presentado promesas en al A.T. que se han cumplido en el N.T.

Podemos entonces afirmar que en la Cristología hay raíces veterotestamentarias. Dios no ha revocado la Alianza hecha con nuestros Padres, una Alianza que no solo no pierde sentido, sino que se cumple plenamente en Jesús, en quien se aclara y concretiza el sentido de la descendencia prometida a Abrahán, adquiere pleno significado la ley del Sinaí, entendiéndose su valor relativo y de plena realización en la nueva y definitiva Ley que Cristo ha manifestado.

Hay un adagio patristico que nos explica la mutua relación: "*Novum Testamentum in vetere latet et Vetus Testamentum in novo patet*" (= El Nuevo Testamento es latente en el Antiguo y el Antiguo es patente en el Nuevo).

La continuidad entre los dos Testamentos se basa sobre dos verdades dogmáticas fundamentales: 1) Dios es el autor de ambos libros; 2) El A.T. alcanza su plenitud en el N.T. y a su vez lo ilumina y explica.

Esta unidad es la expresión histórica de la fe cristiana en la progresiva revelación de Dios cuyo sujeto último y definitivo es Cristo.

Entonces, el recurrir al A.T. no solo es posible sino también necesario.

El A.T. nos dice "que es Cristo y cómo es Cristo", mientras que el N.T. sí nos dice "quién es".

En el próximo número de la *Ut Unum Sint* continuaremos con este estudio.



Reflexión Mariana

**Santa María, Madre de los Pobres,
modelo para nuestra vida espiritual.**

La profetisa de los pobres en el Magníficat (II)

P. Alois Höllwert, msp (austriaco)

Seguimos meditando juntos el cántico del *Magníficat* para aprender de Santa María misma, a través de este texto mariano, las actitudes de la verdadera conversión. La vez pasada destacamos la pureza de corazón de María que, en respuesta al elogio de parte de su prima Isabel, dirige su mirada interior directamente hacia Dios, sin detenerse en sí misma más de lo necesario, viendo su propia vida bajo la mirada de su Dios y encontrando materia de alabanza a Él solo. Santa María vivía la “*memoria Dei*” que consiste en el recuerdo continuo de la acción de Dios a favor nuestro: “*el Poderoso ha hecho obras grandes en mí*” (Lc 1, 41).

Los primeros versículos del *Magníficat* se pueden comparar al diálogo litúrgico que inicia el prefacio de la Santa Misa. Es un magnífico “*Sursum corda*” (“arriba los corazones”). Esa elevación del alma hacia lo alto es el centro de la vida espiritual, porque la dinámica propia de las virtudes teologales es unir al alma directamente con Dios. Pero intentemos ahora aproximarnos a los versículos restantes (Lc 1, 51-55).

A lo largo de la historia humana resuena periódicamente con fuerza el grito revolucionario que pide un cambio radical de las estructuras sociales opresoras, porque “ya no se puede más”. Pero los revolucionarios de ayer y de hoy, ¿acaso no usurpan para sus fines egoístas el grito de los pobres, este grito que de continuo llega a los oídos de Dios? ¿No vemos en ellos la expresión máxima del orgullo humano que, en vez de secundar la intervención de Dios en favor de los pobres, se exalta a sí mismo como el gran liberador de los pobres? Todas las revoluciones de la historia han creado nuevas pobrezas y miserias, muchas veces incluso mayores que las anteriores.

Estamos invitados -con Santa María, Madre de los Pobres- a darnos cuenta de la continua intervención de Dios en la historia de la humanidad: “*Él hace proezas con su brazo*” (Lc 1, 51). ¿No nos damos cuenta de que la historia ya cambió de rumbo, porque Dios ha intervenido de manera definitiva en ella con la Encarnación de su Hijo? Sólo reconociendo plenamente, en la fe y la esperanza, el acontecimiento único de la Encarnación del Hijo de Dios que culmina en el misterio pascual (a través de su muerte en la cruz y su resurrección al tercer día) podemos cambiar el rumbo de nuestras vidas para vivir nuestra propia conversión. Si abrimos de par en par la puerta de nuestra vida a Cristo Redentor, Él -por medio de nosotros- puede renovar su cercanía con los más pobres en este mundo, pues no hay verdadera conversión sin servicio en favor de los pobres.

Santa María contempla esta acción de Dios en la historia con una mirada de fe tan penetrante que hace que caigan todas las apariencias y emerja la única realidad permanente: Dios y su juicio. La vida espiritual implica un continuo ir más allá de las apariencias, a través de actos de fe, para descubrir la acción de Dios en favor de los pobres, porque ellos están en Su corazón. Quisiéramos imitar la fe de María: confiar sólo en Dios, sin encerrarnos en una actitud orgullosa que pretende cambiar la situación exterior manteniendo la actitud de fondo (¡los opresores ahora deben ser oprimidos, los ricos ahora deben perder sus riquezas!...), sin buscar la verdadera reconciliación que nos lleve al mutuo reconocimiento como hermanos en Cristo y que haga finalmente desaparecer todas las diferencias injustas para establecer relaciones verdaderamente fraternas.

Santa María nos enseña que la vida espiritual no tiene nada que ver con la indiferencia frente al mundo y en especial frente a los pobres, sino que implica el cambio más radical que el ser humano pueda vivir. No hay “revolución” permanente que no hunda sus raíces en el corazón humano y que, al mismo tiempo, no toque las heridas de los hermanos excluidos, para sanarlas. Tomemos un ejemplo luminoso entre los santos: la conversión en Francisco de Asís se da y se revela cuando él baja de su caballo, de su estatus social, para besar a un leproso. Un acto heroico antes inimaginable para él; pero en el momento en que lo hace, nace en él lo que no ha encontrado en las fiestas mundanas: la alegría de ser un hermano para los últimos.

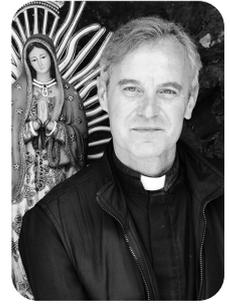
Los Misioneros Siervos de los Pobres (MSP) escogen el camino de la continua conversión, porque es el camino del Evangelio y es también el único remedio para no convertirnos en una ONG, como nos advierte el Papa Francisco. En este punto, nuestro fundador, el Padre Giovanni Salerno, era muy realista cuando decía que el Misionero Siervo de los Pobres, si no vive la continua conversión, se autoexcluye del Movimiento.

Dios ofrece a todos generosamente su gracia en Jesucristo y la única “exclusión” que pueda haber para nosotros es la que nos hayamos impuesto nosotros mismos rechazando, a sabiendas, la más grande oferta de salvación. Dios se compadece de todas nuestras debilidades, pero no puede violentar nuestra libertad cuando nuestro orgullo pone obstinadamente un muro entre nosotros y su amor misericordioso, entre nosotros y los pobres a quienes el Señor nos quiere enviar para darles el Evangelio.

Reflexión Vocacional

ELOGIO DEL SILENCIO (X):

El silencio en los MSP (I)



P. Álvaro de María, msp (español)

Ya, desde hace tiempo, me había programado continuar esta serie de artículos sobre el silencio centrándome en cómo lo entendemos según el Carisma de los MSP. Teniendo aún reciente la partida de nuestro querido P. Giovanni, he querido hacer de esta tarea una especie de homenaje personal a la figura de nuestro fundador, pues él lo consideraba un punto fundamental de nuestra vida. Siempre ha descrito que nuestra misión consiste en **una evangelización humilde y silenciosa**, aplicando así a la misma labor misionera los rasgos definitorios del Siervo de Yahvé (cfr. Is 52, 13-53, 12). Y usaba la expresión de que el MSP debe ser un **contemplativo en la acción** (señalando con lo de “contemplativo” que nuestra labor evangelizadora no puede obtener fruto si no parte de la oración y el silencio) mucho antes de que San Juan Pablo II utilizara esa misma expresión para definir al verdadero misionero, en la preciosa encíclica que nos regaló sobre la misión de la Iglesia (*Redemptoris Missio*, n° 91; del 7 de diciembre de 1990).

Son numerosísimas las ocasiones en que el P. Giovanni nos ha hablado de la importancia del silencio (en sí mismo o relacionado con otras fundamentales actitudes como la obediencia, la humildad, la oración...), y por eso he intentado hacer una cuidada selección de los documentos más emblemáticos en que ha tratado el tema, y sobre los que he intentado sacar los textos más significativos. La tarea nos ocupará varios de los siguientes artículos. Siguiendo un orden cronológico, estos documentos son:

- “Los Pilares del Movimiento «Siervos de los Pobres»” (del 12 de Octubre de 1987)
- “Sobre la Soledad y el Silencio” (del 6 de enero de 1988)
- “Obediencia y Silencio (retiro a los seminaristas)” (del 26 de junio de 1992)
- “Los Siervos de los Pobres: una estirpe de mansos y humildes de corazón” (del 3 de noviembre de 1999)
- Y, finalmente, “Sobre la importancia del Silencio” (del 22 de diciembre de 2005)

Y, todo esto, sin contar con que nuestro referente de vida espiritual, como saben, es el libro de la Imitación de Cristo, en que se recurre muy frecuentemente al tema del silencio (el interior y el exterior, el bueno y el malo, como tarea y como actitud).

Para dar resalte visual a las palabras del P. Giovanni, voy a dejar éstas en negrita, añadiendo de mi parte solo algún comentario cuando lo considere oportuno, o alguna idea unificadora (en un intento de dar continuidad a párrafos o ideas seleccionadas separadamente).

Entonces, iniciamos nuestro recorrido tomando algunos de los primeros párrafos del primer documento citado (“Los Pilares del Movimiento «Siervos de los Pobres»”, del 12 de Octubre de 1987). El año en sí es significativo: apenas estábamos en los comienzos; el P. Giovanni tenía ya claros los rasgos fundamentales de la obra que Dios le estaba inspirando iniciar, y quiere dejar claros los “pilares” (las columnas, las bases esenciales) fundamentales sustentadores de este novedoso carisma, queriendo (no sé si indirecta o directísimamente) señalar, con la misma fecha (el 12 de octubre, festividad de Nuestra Señora del Pilar), la también fundamental referencia a María como maestra y modelo del misionero MSP. Así lo expresa él en el primer párrafo mismo: **Veo y siento la necesidad de exponer y recalcar, con estas pobres palabras, los pilares y directrices fundamentales para afianzar nuestro caminar.**

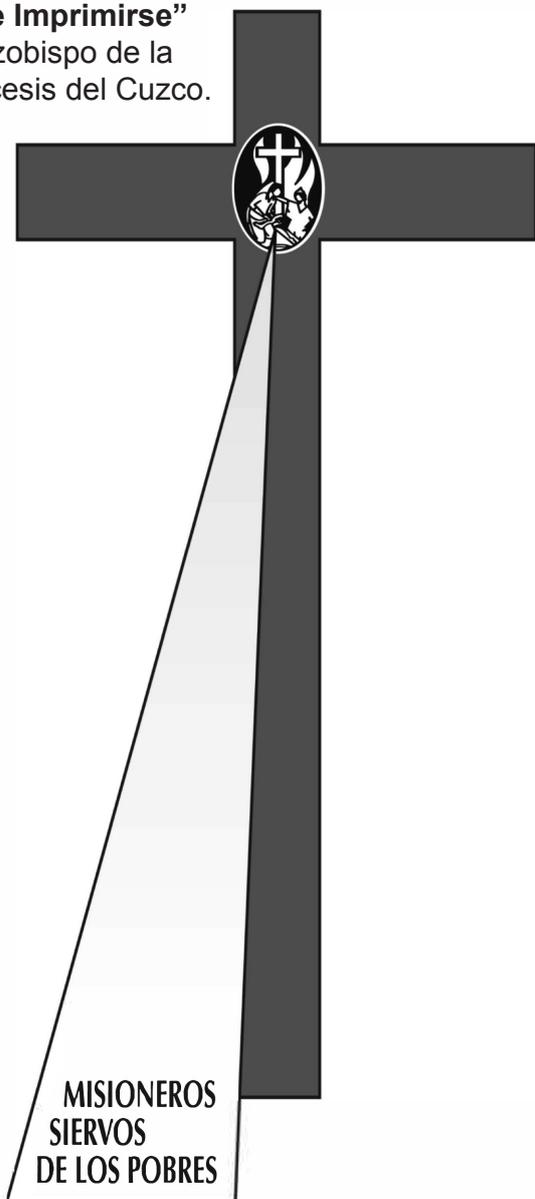
Inspirado, para la fundación de los MSP, particularmente por la *Populorum Progressio* (1967) de San Pablo VI, en la que alentaba la urgencia del servicio de la Iglesia a los pobres (idea que los demás sucesores en la Cátedra de San Pedro han ido corroborando), siempre el P. Giovanni nos ha recalcado que la razón de ser de los MSP es **realizar, en medio de los pobres, los deseos del Papa**. Así es que la obediencia y el servicio quedan relacionados necesariamente también por la actitud del silencio, entendiendo nuestra vida como **un servicio obediente y silencioso a la Iglesia en su jerarquía y en su Magisterio. Nuestra actitud es la de servicio, de siervos, que se ha de reflejar en la entrega humilde a la Iglesia. Esta es nuestra misión.**

Y, para concluir el presente artículo (en el siguiente acabaríamos por ofrecer las ideas seleccionadas de este documento de “los pilares”, y continuar en los siguientes con los otros mencionados) el recurrente “broche de oro” con la alusión a la Virgen María, como referente de actitudes en las que no falta la del silencio: **Nuestro Movimiento, en María, pilar de la fe, ve reflejado el modelo de docilidad, humildad, obediencia (...) En María, profundiza y apoya su carisma, su actitud silenciosa y humilde, pero siempre dispuesta al servicio de la Iglesia primitiva.**

Opus Christi Salvatoris Mundi

Misioneros Siervos de los Pobres

Con autorización
Eclesiástica
"Puede Imprimirse"
del Arzobispo de la
Arquidiócesis del Cuzco.



OPUS CHRISTI SALVATORIS MUNDI

Es decir, diferentes realidades misioneras (Sacerdotes y hermanos consagrados, religiosas, matrimonios misioneros, Sacerdotes y hermanos especialmente dedicados a la vida de oración y a la contemplación, socios, oblatos, colaboradores, Grupos de apoyo) quienes comparten el mismo carisma y se remontan al mismo fundador.

MISIONEROS SIERVOS DE LOS POBRES

Formado por aquellos miembros del Opus Christi, llamados a seguir un camino de consagración más profunda con las características de la vida comunitaria y la profesión de los consejos evangélicos según su condición. (Se tiende a ser reconocidos canónicamente como dos Institutos Religiosos: Uno para la Rama Masculina de los Padres y Hermanos y otro para la Rama femenina de las Hermanas)

LAICOS ASOCIADOS

Con las dos ramas principales (masculina y femenina) de consagrados, está especialmente relacionada la Fraternidad de los Matrimonios Misioneros Siervos de los Pobres, formada por parejas de cónyuges que se comprometen a través de otros vínculos (conformemente a su estado a vivir el carisma y apostolado de los MSP)

GRUPOS DE APOYO DEL MOVIMIENTO

Encaminados a la profundización y difusión de nuestro carisma, trabajando para la conversión de todos y cada uno de los miembros gracias a la organización de encuentros periódicos. A los miembros se les considera SOCIOS.

OBLATOS

Laicos o religiosos que quieren hacer un compromiso de oración y de divulgación de los MSP, con un ritual de compromiso.

LOS OFERENTES

Personas que colaboran con el ofrecimiento de sus oraciones y sus sufrimientos por los MSP, pero sin compromiso vinculante con los MSP.

Los interesados escribir:

ESPAÑA:

CASA DE FORMACIÓN "SANTA MARÍA"

Carretera a Mazarambroz, s/n
45110 Ajofrín - TOLEDO (ESPAÑA)

Tel.: (00-34) 925 39 00 66

e.mail: casaformacionajofrin@gmail.com

PERÚ

Misioneros Siervos de los Pobres

P.O.BOX 907

Cuzco (PERU)

Tels. 0051 956 949 389 - 0051 984 032 491

e.mail: msptm.cuzco@gmail.com



www.msptm.com



Misioneros Siervos de los Pobres / Missionary Servants of the Poor



[misionerossiervosdelospobres](https://www.instagram.com/misionerossiervosdelospobres)



[@MisionerosSiervosdelosPobres](https://twitter.com/MisionerosSiervosdelosPobres)



[Misioneros Siervos de los Pobres](https://www.youtube.com/channel/UC...)



Ahora puedes recibir este Boletín en formato PDF.

Puedes solicitarlo enviando un e-mail a missionaricuzco@gmail.com